

La función del espacio en *Los años con Laura Díaz* de Carlos Fuentes

El escritor mexicano, Carlos Fuentes considera que el tema más radical de nuestra modernidad consiste en el del Otro, del Inmigrante, del Desplazado.¹ Su penúltima novela - *Los años con Laura Díaz* (1999) - también es la historia de unos desplazamientos: las etapas de la vida personal de la protagonista, Laura Díaz, que están aferradas a lugares determinados de México se entrecruzan con los constantes movimientos migratorios de la historia del siglo XX.

La novela ofrece tres niveles de espacio bien distinguibles: el primero, lo que llamo espacio individual, se enlaza con la vida privada de los personajes de la obra. El segundo corresponde al espacio social y se manifiesta mediante la recuperación de varios acontecimientos históricos que determinan la vida colectiva de la humanidad y causan la migración masiva del siglo XX. El tercero es el espacio artístico que rodea a Laura Díaz: sus fotos, las pinturas de su hijo mayor, Santiago II y el mundo de los murales mexicanos. Los espacios individual y artístico tienen en común de la conversión en los espacios de la búsqueda de la libertad y autenticidad por parte de sus habitantes frente al espacio histórico que se define por la violencia.

Los títulos de los 26 capítulos del libro constan de un nombre topográfico y una fecha concreta. Estas indicaciones colocan los acontecimientos de cada capítulo tanto en el espacio como en el tiempo y se convierten en los signos de identidad de los personajes de la obra.

El espacio individual de la protagonista de la novela, Laura Díaz, se divide entre la selva y la capital mexicana. La mujer siente pasión por ambas. Su peregrinación espacial a lo largo de la obra manifiesta la búsqueda del sentido de su propia existencia y el anhelo de encontrar su propio camino. Laura Díaz cree que ella tiene que vivir para otros, reencarnar la vida de los demás y "...completar los destinos inacabados."² (p. 79.)

Su niñez y juventud transcurren en tres lugares diferentes. Laura nace en la finca cafetelera de Catemaco rodeada de la selva tropical. Los años pasados después en Veracruz y marcados por la feliz convivencia familiar desembocan en la tragedia.

¹ Mercedes Monmany: *Carlos Fuentes o la crítica de la creación dentro de la creación*, en: *Ínsula*, 618-619, 1998, p. 11.

² Carlos Fuentes: *Los años con Laura Díaz*, Madrid, Alfaguara, 1999. A partir de aquí todas las citas de la novela siguen esta edición.

Cuando muere su hermano, Santiago I – fusilado como conspirador contra el gobierno federal –, Laura cree que ella tiene que continuar la vida inacabada de Santiago. Mientras Catemaco representa la selva y Veracruz el mar, Xalapa – a donde se traslada la familia Díaz – es una típica ciudad provinciana que se caracteriza principalmente por la inmovilidad:

Las costumbres xalapeñas no cambiaban, como si el mundo exterior no pudiese penetrar la esfera de tradición, placidez, satisfacción propia, y acaso, sabiduría, de una ciudad... (p. 85.)

Estos tres lugares ofrecen a la joven Laura la protección, la seguridad donde se siente feliz, y siente nostalgia por ellos a lo largo de toda su vida.

El primer abandono del hogar familiar sucede en 1920 cuando Laura se casa con López Greene y la pareja se muda a la capital. La casa en la Avenida Sonora convertida en el espacio simbólico de su convivencia con López Greene, al principio le da a la mujer la sensación de satisfacción y comodidad. Pero al cabo de 8 años de matrimonio Laura siente como si su vida hubiera llegado a un punto muerto: no es capaz de soportar la vida rutinaria que esta relación le ofrecería para toda su vida restante. A consecuencia de esto suceden los repetidos abandonos del hogar familiar. El derrumbamiento total de la casa en el terremoto de 1957, tiene sentido simbólico: la vida familiar aferrada a aquella casa se ha arruinado para siempre.

El traslado al nuevo apartamento comprado por Laura – la renovación espacial – significa el inicio de una vida nueva sola e independiente: tener “la isla de su soberanía.” (p. 411.) La mujer decide dedicarse a la fotografía y pronto alcanza éxitos. Laura recibe con naturalidad la llegada de su nieto, Santiago III y la novia de éste la recibe con naturalidad. La convivencia le ofrece otra oportunidad más de proteger a un ser amado.

El espacio de las dos relaciones amorosas de Laura que interrumpen provisoriamente su vida matrimonial es muy convencional: los hoteles de estos encuentros amorosos se convierten en cierto *locus amoenus* moderno. Laura confiesa que “...amaba el lugar escogido porque era un lugar, también, predestinado. El lugar de los amantes.” (p. 208.) La tercera relación extramatrimonial sigue reforzando la convicción de la mujer de que el sentido de su vida consiste en dedicar la suya al cuidado de los demás que la necesitan.

La vida de Laura recorre un círculo espacial. Se le da la posibilidad de elegir el lugar y la manera de su muerte: puede quedarse en la capital y terminar su vida ahí, donde murieron su marido, su hijo y su nieto o volver a su tierra natal. Laura opta por la segunda y la selva se convertirá en su tumba como el mar se había convertido antes en la de Santiago I.

Catemaco es el hogar familiar de los Kelsen fundado por los abuelos, Felipe y Cósima Kelsen. En la finca crecen las cuatro hijas de la pareja de origen alemán y también la pequeña Laura. Catemaco es la tierra prometida para el joven socialista lasaliano, Felipe, "...donde la naturaleza y el hombre se podían reunir y prosperar." (p. 26.) La casa de la finca se convierte en el símbolo del amor profundo que él siente hacia su mujer.

Cada vez que toque las paredes de la casa voy a pensar que recorro con mis dedos tu espalda desnuda – confiesa él a Cósima. (p. 21.)

El progreso inicial de la finca con el paso del tiempo se convierte en descenso. Los negocios de Felipe andan mal y la muerte de su Cósima adorada implica ya la decadencia irreversible de Catemaco. La nostalgia por el espacio une a las dos tías solteras de Laura, a Virginia y a Hilda. El sueño jamás realizado de vivir en Alemania hace una clara alusión a sus vidas fracasadas. La selva les quita la oportunidad del regreso al espacio anhelado. Sin embargo, en el momento de la muerte ellas optan por la selva de su propia voluntad. Vuelven allá y dejan que ésta las devore.

Los dos hijos de Laura, Dantón y Santiago II, se identifican también por los espacios que les rodean. Una parte de su niñez común sucede en Xalapa que les ofrece "...la libertad prohibida de la capital." (p. 131.) Al mismo tiempo, el capítulo titulado Chapultepec-Polanco muestra claramente la diferencia entre los dos hermanos. Dantón quiere vivir en Las Lomas de Chapultepec – lugar identificador de la nueva sociedad rica –, su subida social se presenta mediante relaciones espaciales. Cuando el terremoto del 57 derrumba la casa familiar, no piensa en su reconstrucción. Sin embargo, compra la finca familiar condenada a la ruina total y decide conservarla: aunque sus actos se determinan por el futuro, la nostalgia de la niñez le enlazan con el pasado también.

Santiago II se identifica con la ciudad entera: "...te quiero, ciudad, mi ciudad, te quiero porque te atreves a mostrar el alma en tu cuerpo..." (p. 294.) Su intento artístico de captar la totalidad, aceptar y mostrar las cosas en su integridad se proyectan en el espacio que le rodea.

El nieto de Laura Díaz, Santiago III elige el espacio de su abuela: rechaza seguir la vida ofrecida por su padre, Dantón, en Lomas y se traslada a la casa modesta de Laura.

El bisnieto Santiago IV entra en contacto con Laura Díaz mediante el espacio artístico: en el mural de Diego Rivera pintado en Detroit, descubre el retrato de la mujer. Él vive en los Estados Unidos pero no pierde sus raíces hispanoamericanas. Sigue el trabajo de su ascendiente, trabaja como fotógrafo.

El espacio social de la novela concibe la historia de la humanidad como una peregrinación constante de los pueblos. Las diferentes olas de la inmigración europea y norteamericana a México, la inmigración mexicana a América del Norte, los episodios de la Guerra Civil Española y de la historia de la Alemania nazi se disuelven en la violencia histórica generalizada del siglo XX. Los europeos van a México porque creen que allá encontrarán la tierra de la libertad. Los judíos huyen del Holocausto, los intelectuales españoles – del régimen franquista. Les siguen los intelectuales norteamericanos huyendo del macartismo del medio siglo.

Al mismo tiempo, muchos de los mexicanos dejan su país y se van a los Estados Unidos, huyendo o del porfiriato, o de la Revolución, o de los Cristeros o de las dictaduras posteriores. La masacre de Tlatelolco en 1968 – que causa la muerte de Santiago III – es uno de los últimos capítulos sangrientos de la historia mexicana contemporánea. La Plaza de las Tres Culturas – Tlatelolco – queda fiel a las tradiciones sangrientas de su historia:

Lago de Tlatelolco, trono de sacrificios, desde lo alto de la pirámide fue arrojado el rey tlatlilca en 1473 para consolidar el poder azteca, desde lo alto de la pirámide fueron derribados los ídolos para consolidar el poder español, por los cuatro costados Tlatelolco era sitiado por la muerte... (pp. 434-435.)

Los episodios de la Guerra Civil Española evocados por los emigrantes del país aluden a varios lugares bien conocidos a propósito de los acontecimientos sangrientos. El río Jarama – cantada también por Rafael Sánchez Ferlosio – o *Guernica* – pintada por Picasso – simbolizan el escarmiento, la guerra contra la humanidad.

Cuernavaca recoge a los norteamericanos perseguidos por el macartismo y se convierte en el "... asilo de convalecientes políticos" (p. 338.). Muchos de ellos son inmigrantes judíos de Europa Central que van a los Estados Unidos huyendo del nazismo y ahora otra vez son perseguidos por el Comité de Actividades Antiamericanas. Todos estos episodios de la obra insisten una vez más en la constancia de la violencia en la historia de la Humanidad.

En la últimas páginas del libro el narrador Santiago IV menciona que para 2000 – la fecha que figura en el título del último capítulo de la novela – "...ya no había más espacio para conquistar el espacio." (p. 463.) La gente tiene que volver a sus raíces: a pesar de todo la gente tiene que tratar de encontrar la felicidad, la libertad, su propio destino en su tierra natal pero sin olvidar el pasado: mantener vivo el pasado significa inventar el futuro. El ansia de regreso – la nostalgia por cierto espacio – por parte de muchos de los personajes de la novela también expresa esta idea.

El espacio artístico es el que abre y cierra la narración. Santiago IV decide rodar un documental y escribir la historia de los muralistas mexicanos en los Estados Unidos. Mediante sus experiencias se revela el mundo de algunos de estos cuadros especiales. Tanto el mural pintado por Diego Rivera en Detroit como el de David Alfaro Siquieros encontrado en Los Ángeles provocan y escandalizan al público de aquel entonces: se rebelan contra las convenciones tradicionales. El mural de la industria de Rivera se considera como parodia del espíritu de la ciudad industrial norteamericana. El mural de Siquieros – América tropical – también está lejos de manifestar algo exótico, como la sugeriría su título. El cuadro representa una América Latina crucificada, desnuda, agónica, "... colgando de una cruz sobre la cual rampaba, con ánimo feroz, el águila del escudo norteamericano." (p. 464.)

Los cuadros de Santiago II - generalmente de parejas desnudas - también quedan lejos de los principios de la pintura tradicional. Sugieren algo no acostumbrado, hasta demoníaco. En uno de estos cuadros la pareja formada por Adán y Eva no representa la caída sino el ascenso de la Humanidad. "Se rebelaban contra la condena divina... el drama del Paraíso Terrestre era un triunfo de la libertad humana contra la tiranía de Dios."(p. 403.) El pintor expresa su fe en la Humanidad a pesar de todos los horrores de la historia: el espacio artístico se opone al histórico.

La primera foto artística que saca Laura es sobre el cadáver de Frida Kahlo. Ella capta la esencia de la existencia de la mujer de Diego Rivera, cuyo rostro refleja la dignidad que Frida supo guardar hasta el último momento de su vida intensa, aventurera, muchas veces escandalosa. Esta integridad es la que trata de lograr Laura Díaz, la fotógrafa en sus reportajes gráficos posteriores. En sus fotos los tres espacios – el individual, el artístico y el social – se disuelven, se convierten en uno solo. La capital mexicana, que corresponde tanto al espacio individual de la gran parte de la vida de Laura Díaz, como al espacio social de la novela – con el desarrollo desmesurado de su población y con todas las consecuencias de éste – en las fotos de la mujer se convierte en espacio artístico: México D. F., su historia, su clima, sus gentes son ahora la pasión remozada de Laura Díaz transmitida a las películas fotográficas.³

En general, el amor, la pasión, la libertad, la fe como valores eternos transmitidos por el arte, pues, pueden convertirse en posibles armas con los que el ser humano encerrado en su espacio histórico sería capaz de vencer la violencia, el crimen universal. La vida auténtica sin mentiras y sin disfraces de Laura Díaz es un buen ejemplo para ilustrar esta idea.

³ Marta Portal: *Los años con Carlos Fuentes*, en: *Cuadernos Hispanoamericanos*, 597, 2000, p. 76.